

DEMOCRACIA DELIBERATIVA

♦ PABLO NEY FERREIRA

En el mundo académico, y a veces también en el mundo de la política cotidiana, aparecen conceptos o a veces tan sólo palabras, que son manejadas en muchas ocasiones sin medir ni calibrar demasiado su contenido preciso, hasta el punto que ya no se sabe a que quiere uno referirse cuando los menciona. Ya es habitual encontrar numerosas referencias a cierta democracia participativa o a la democracia deliberativa.

Esto no tiene nada de novedoso. En el siglo pasado la democracia ha sido adjetivada con los calificativos más diversos; así, escuchamos hablar de democracia directa, indirecta, representativa, elitista, popular, consociativa, pero hoy en día uno de los adjetivos de moda es el de democracia deliberativa.

La mayoría de los escritos académicos nos muestran un tipo de democracia donde se privilegia el diálogo público, la confrontación de ideas, un escenario donde individuos libres e iguales esgrimen argumentos en aras de una solución más justa para los problemas que les preocupan en determinado momento y lugar. Ahora, ¿es realmente posible acceder a tal ideal? ¿No estaremos tan distantes del mismo que ni siquiera vale la pena argumentar en su favor? ¿Desearían los ciudadanos verse inmersos en una lluvia de argumentos que deben juzgar, complementar, y esgrimir públicamente incluso más allá de su provecho personal? ¿O nos debemos dejar de tontear y asumir que la única democracia posible es la que "disfrutamos" actualmente?

♦ DELIBERAR ES BALANCEAR

El término deliberación proviene del verbo deliberar o sea del latín *libra*, es decir *balanza*, y fue utilizado en la vida pública antes que en la vida privada. Los ciudadanos atenienses en la antigüedad, reunidos en asamblea, ponderaban cuidadosamente los pros y los contras de las alternativas expuestas en público, antes de expresar su decisión final. Delibera políticamente quien considera atentamente con sus iguales una decisión antes de adoptarla, ante de expresar al *demos* su veredicto acerca de determinada cuestión.

En política, siguiendo la tradición republicana, normalmente se delibera acerca de lo justo y lo injusto de tal decisión. Esta es la esencia de la política republicana, y establece básicamente los límites entre lo político y lo prepolítico: cuando reina la coacción, la violencia y la imposición, estamos en un territorio que antecede a la política, en el que gobiernan los hombres y no las leyes, en el que el diálogo es sustituido por la fuerza.

Pero ¿sobre qué se delibera? Bueno, básicamente se delibera sobre lo que no estamos

de acuerdo, sobre los problemas que presentan varias soluciones alternativas, y en una sociedad plural, esto es casi lo normal. En una sociedad libre debemos comenzar por establecer que el desacuerdo de preferencias y/o convicciones es moneda habitual, y existen solamente tres caminos para zanjar nuestros desacuerdos y

gunos años, recuerdo haber escuchado a un diputado en medio de una discusión, y cuando casi se consumía el tiempo para aprobar determinada ley que había sido presentada por el gobierno: "Por qué no procedemos a votar la ley, la aprobamos, y luego seguimos la discusión sobre el tema". Para este diputado, lo único que vale para

co. Si las cámaras permanecen en constante debate durante un largo tiempo, pero sus integrantes no le prestan la menor atención a lo que dice el otro la discusión carece de sentido; si los parlamentarios están esperando a que cada uno contribuya a la historia de la oratoria parlamentaria, para sumar opiniones preestablecidas (antes del de-



solucionar los problemas: la *imposición*, que no suena demasiado democrático; la *agregación* de preferencias o de intereses que implica sumar a los partidarios de una u otra alternativa y ver cual cuenta con más adherentes (mayoría); y la *deliberación* que asume que cada individuo no posee antes de entrar al ámbito público una posición ya tomada, sino que la misma se va construyendo a medida que el mismo participa en una discusión pública.

Ésta es sustancialmente la diferencia entre lo que podemos denominar como *agregacionistas* y los *deliberacionistas*. Nada como un buen ejemplo. En nuestra cámara de diputados, hace ya al-

tomar una medida parlamentaria es cuántos diputados apoyan una medida y cuántos no. La deliberación, que se supone que es a lo que se dedican nuestros destacados dirigentes políticos pasaría a ser un ejercicio retórico auto-convicente que no posee más relevancia que el presunto "lucimiento" del parlamentario de marras y su legado histórico a la historia nacional, vía taquígrafos-diario de sesiones.

Claro que en política, como en todo, también juegan los tiempos, no siempre es posible dedicarle mucho tiempo a cada problema; precisamente por esto lo importante es la *actitud deliberativa* del sujeto políti-

bate) más vale que no pierdan el tiempo y sólo se reúnan para votar.

Si se quiere pensar en una democracia deliberativa, la actitud que deben tener los parlamentarios en sus lugares de deliberación (este es el verdadero sentido de las cámaras legislativas), debe cambiar. El intercambio de propuestas argumentadas debe poder alterar las posiciones iniciales sin que a nadie le llame la atención. A esto cabría sumarle partidos políticos acostumbrados a la deliberación interna y no a la mera aclamación de las élites autoimpuestas; colectivos políticos que no asuman posiciones "electoreras" frente a cada problema, u oposiciones sistemáticas que se especialicen en esgrimir el *no* como argumento político. Por supuesto que nada de esto tendría sentido si los ciudadanos le dan la espalda a la vida pública, y simplemente cada tanto se suman al carnaval electoral como si se tratara de

un espectáculo deportivo, y permanecen indiferentes a la actividad política cuatro años y medio de cada cinco.

Claro, siempre habrá quien diga, "en la vida moderna no hay tiempo para nada de esto; ni las cámaras están pensadas para el debate, sino para la votación en bloques sin fisuras, ni los partidos van a modificar sus estrategias internas, ni los ciudadanos se van a convertir en modernos catones, deliberantes y desinteresados". Bueno, entonces nada de lo que manifiestan los deliberacionistas tiene el menor sentido: esto es lo que hay, y no intentemos nada para cambiar.

♦ RECUPERAR EL INTERÉS POR LA POLÍTICA

Pese a este diagnóstico complaciente y ampliamente compartido voy a persistir en mi testarudez, y voy a ser un tanto optimista. Me parece que es posible seguir creyendo en que los ciudadanos pueden en alguna medida, y contando con ámbitos públicos que así lo habiliten, recuperar y desarrollar un interés por la política y por los problemas comunes que los diferencie cualitativamente de los individuos fríos y calculadores, protagonistas privilegiados de los experimentos teóricos del *rational choice*. Si logramos introducir hábitos deliberativos en las comisiones barriales, en las distintas esferas de la vida social, en las universidades (un buen ejemplo de ámbito deliberativo es un tribunal universitario), en las escuelas, en los medios de comunicación, en las asociaciones profesionales, lograríamos potenciar la deliberación como un procedimiento que privilegia antes que nada la búsqueda de una solución justa para una controversia, que puede coincidir o no con la mayoría "partidaria" o "gremial" prevaleciente en un determinado momento.

Potenciar la deliberación en todas estas instancias, permite hacer creíble y mostrar con hechos que este procedimiento es el mejor de los posibles cuando pretendemos decidir con justicia sobre los problemas que nos preocupan. Permite también declarar que esto debería convertirse en costumbre: el diálogo de quienes están dispuestos a argumentar y también a dejarse convencer con argumentos plausibles; y lo otro, el recuento de votos sin un diálogo exhaustivo debería ser lo desacostumbrado y no lo normal, descartando por supuesto la mera imposición.

Semejante costumbre sociopolítica tendría que alcanzar poco a poco a nuestros ámbitos parlamentarios y a nuestros partidos. Claro está, si es que pretendemos que el tan mentado rótulo de democracia deliberativa quiera significar algo operativo en nuestra vida política. ▀

Pablo Ney Ferreira es Licenciado en Ciencia Política de la Universidad de la República